

# Mérida: ¿Una sociedad abierta al diálogo cultural?

Luis Alfonso Ramírez Carrillo

La migración es sustancial a la naturaleza humana. Cambiar de espacio es también buscar cambiar la vida, tratar de hacerla mejor, más compleja, diferente. Moverse no es sólo cambiar *de vida*, es también cambiar *la vida*. La creación de cultura por parte de los humanos es un proceso que sólo fue posible iniciar y continuar con el movimiento geográfico y social. Hablamos de un proceso de migración humana que comenzó con el primer paso que dio un hombre fuera de su cueva y de su aldea y que no ha parado hasta el día de hoy; llegando a los movimientos de millones de personas que observamos en el actual mundo globalizado.

La gente migra por muchas razones y de muchas formas: Por necesidad, por deseo, por ambición, por la fuerza. Migra para sobrevivir o para conquistar. Migra sola o en familia, migra en cadenas o en comunidades. Lo único cierto es que la sociedad humana no conoce la quietud ni la inmovilidad. Aún la sociedad más

conservadora, fija y estable está en un soterrado cambio constante, mudándose de espacio conforme pasa el tiempo, cambiando fronteras, intercambiando personas e identidades, construyendo afectos o inaugurando odios, volviéndose cada vez más colectiva, es decir, construyéndose poco a poco como una nueva humanidad, a veces mejor y a veces peor, pero ciertamente diferente.

La historia de Yucatán y de Mérida, como la de todas las sociedades, es también la historia de sus migraciones. No sobre las ruinas, sino en íntima convivencia con la ciudad maya de *Ichcansih'o* se construyó Mérida, haciendo convivir una pujante y numerosa población originaria que la habitaba, poseedora de una compleja y avanzada cultura, con los recién llegados europeos, inaugurando la esencia que ha acompañado a esta ciudad desde sus orígenes: la multiculturalidad. He dicho multiculturalidad y subrayo la palabra, y no interculturalidad. Lo múltiple nombra también lo



distinto: distintas culturas, distintas personas, distintos saberes pero sobre todo distintos poderes.

La multiculturalidad originaria de Mérida no fue amalgama, ni mezcla, ni mucho menos diálogo. Fue imposición, fue fuerza, fue control, fue violencia, fue desigualdad, pero sobre todo fue otredad. Fue establecer no sólo distintas jerarquías culturales, sino también tratar de distinguir distintos tipos y distintas especies de culturas y por ende de seres humanos. Los mayas y los no mayas; llamados españoles, blancos, *dzules* o como queramos nombrarlos. Dos categorías de cultura, dos religiones, dos cosmovisiones, no en diálogo sino en conflicto. El monólogo, ese es nuestro origen.

Lo múltiple se mantuvo distinto muchos siglos, sirvió para separar, para evitar la mezcla, para discriminar. La cultura maya y la cultura no maya de la ciudad convivían sí, pero en situación de total desigualdad, y desde la desigualdad no hay diálogo cultural, hay monólogo. El monólogo del poder, el monólogo de la sociedad superior, la orden y la imposición, no el intercambio de ideas. Esta situación, con sus lógicas transformaciones históricas duró en lo esencial los tres siglos de la colonia. Más aún, se mantuvo en el Yucatán independiente de la primera mitad del siglo XIX. Durante la

Colonia hubo por supuesto migraciones indígenas de otras partes del país, nahuatlato principalmente, y un interesante número de población de distintas partes de África que llegaron como esclavos o escapando de la esclavitud, algunos de ellos se establecieron en Mérida y otros en distintas poblaciones del interior del estado.

Aunque Yucatán —entonces toda la península— y Mérida experimentaron distintos flujos de población extranjera o de fuera de la región, hasta antes del auge henequenero de la segunda mitad del siglo XIX la mayor parte de los recién llegados seguían siendo originarios de distintas partes de España. Hubo eventos aislados como la colonia de 443 inmigrantes alemanes que llegaron en 1865 y 1866 a los poblados de Santa Elena y Pustunich y fundaron la colonia agrícola Villa Carlota, y muchos visitantes aislados que por distintas razones como negocios, su ejercicio profesional o matrimonio, acabaron viviendo en especial en Mérida. Otro antecedente fue la colonia de San Fernando de los Negros, que se formó en el oriente de Yucatán con esclavos que habían escapado de islas del Caribe y que se despobló en 1847 con la Guerra de Castas.

Pero fue el auge henequenero el que introdujo a Yucatán en el escenario de las migraciones propiamente

modernas que acompañaron el proceso de industrialización y de expansión global del capitalismo que se vivió en todo el mundo, durante un período que se inició en la segunda mitad del siglo XIX y concluyó en su primera etapa con el estallido de la Primera Guerra Mundial. Durante esos años Yucatán, y Mérida en particular, experimentaron la llegada de inmigrantes que por número, importancia social, diversidad de orígenes y sobre todo por su carácter más o menos permanente, se convirtieron en actores sociales cuya identidad colectiva tuvo que ser considerada e integrada a la cultura regional y a la vida urbana cotidiana de la ciudad de Mérida.

Pero no sólo eran los extranjeros, los que venían con otras culturas, a los que ahora había que aprender a comprender y escuchar. También la población maya tenía un nuevo discurso y empezaba a exigir nuevas condiciones de intercambio social. La Guerra de Castas estallada en 1847 exigió también un cambio entre las posiciones de los interlocutores, que si bien no se vio cumplido sino hasta décadas después, anunciaba ya el fin del viejo régimen y el resquebrajamiento del monólogo cultural en especial en la capital, Mérida, que vio incrementar los inmigrantes mayas que acudían a vivir a ella provenientes de los pueblos del interior de la península.

Para comprender como se ha ido estableciendo este diálogo intercultural en Mérida, hay que reconocer que si bien a lo largo del siglo XIX recibió primero como visitantes y luego como vecinos establecidos, a una pequeña y constante población extranjera que llegaba a la península de Yucatán de manera individual por razones económicas o políticas, no fue sino en las últimas dos décadas del siglo XIX y las dos primeras del siglo XX, que la población extranjera resultó notoria como sujeto colectivo y su presencia impactó diversos aspectos de la vida urbana.

El liberalismo fomentado durante el porfiriato y la expansión de los mercados mundiales y de la economía norteamericana, introdujeron a Yucatán en un moderno sistema internacional de producción y comercio a través de la producción y venta de henequén. Su exportación —que significó casi 1000 millones de dólares-oro en ventas entre 1880 y 1916— generó crecientes riquezas para el estado, lo que atrajo cada vez a un mayor número de extranjeros, participando Yucatán de esta manera en los amplios movimientos migratorios de todo el mundo hacia América que acompañaron la expansión del capitalismo desde fines del siglo XIX, y en los movimientos y migraciones internacionales de población que no han cesado desde entonces y han acompañado la creación de un



moderno sistema mundial hasta llegar a la actual etapa de globalización del siglo XXI.

Fueron muchos los inmigrantes que llegaron a Yucatán atraídos por la bonanza henequenera. Los flujos de inmigración durante el porfiriato e incluso los primeros años de la revolución muestran que Yucatán y en especial Mérida se convirtieron en un polo de atracción hasta 1930. Aunque en los barcos se mezclaban viajeros de diversas nacionalidades con la intención de "hacer la América" y quedarse, hay que resaltar a los sirio-libaneses y a los españoles. Entre estos últimos destacaban<sup>1</sup> los provenientes de las islas Canarias. Ya se había intentado antes poblar de manera fallida con Canarios Bacalar desde 1733. En el siglo XIX muchos Canarios llegaron de manera independiente pero la mayoría se introdujo por agencias privadas que los traían colectivamente desde las islas, no para trabajar en el henequén, cuyas tareas se asumían como demasiado duras para ellos, sino como colonos agrícolas, ofreciéndoles tierras.<sup>2</sup> Así llegaron 22 en 1881, 180 en 1882, 138 en 1883 y otros 400 en 1884. Después continuaron desembarcando esporádicamente y otra oleada importante fue visible los primeros años del siglo XX,<sup>3</sup> cuando llegaron para participar como obreros y albañiles en las numerosas construcciones que se llevaban a cabo

en las calles, avenidas y edificios de Mérida. Fueron muy activos en la instalación de los adoquines con que se recubrieron las calles de la ciudad.

Aunque las oleadas migratorias más visibles e importantes fueron las que se dieron durante los largos años del porfiriato, en coincidencia con la prosperidad económica que acompañó la explotación del henequén, la Revolución no fue suficiente para detener los flujos migratorios. En 1905 llegaron 1 mil 14 coreanos al puerto de Progreso después de entrar a México por el puerto de Salina Cruz. En la primera década de la Revolución, la más violenta y anárquica, permanecían aquí y se creó un reglamento para ellos en 1914. De Oriente siguieron llegando un número indeterminado de chinos, que se establecieron como colonia. En los años de la primera guerra mundial y hasta 1927 se recibió a un gran número de sirios y libaneses, pues nunca antes habían llegado tantos en tan corto tiempo. Es decir, aunque la estabilidad social y política de Yucatán se había roto, la prosperidad henequenera continuó, aunque maltrecha, hasta 1929. Se pensaba que el futuro aún estaba por construirse y se debatían las condiciones de un nuevo contrato social entre los distintos grupos sociales que configuraban la sociedad regional ante el claroscuro del proyecto revolucionario. La población foránea seguía

fluyendo hasta que la Gran Depresión hizo que el arribo de inmigrantes extranjeros empezara a ser muy pequeño a partir de 1930.

#### LA INMIGRACIÓN LIBANESA A LA PENÍNSULA DE YUCATÁN

La población mayoritaria de origen extranjero no sólo en Mérida, sino en los tres estados de la península de Yucatán han sido durante un siglo, los libaneses. En la actualidad sus descendientes forman un numeroso contingente de la clase media peninsular y ocupan posiciones muy importantes en las élites económicas, políticas y sociales.

El proceso migratorio superó las voluntades individuales y se combinó con compañías comerciales operando en el territorio que entonces era un protectorado Otomano y donde ahora se ubican Líbano, Palestina y Siria. Esto no sólo aseguró sino que fomentó las cadenas migratorias de manera legal y muchas veces también ilegal, lo que acentuó el carácter comunitario de los movimientos de población libaneses. Las razones de la migración comunitaria como la que recibió la península, a diferencia de la individual, si bien se relacionan con pobreza y necesidad material, son multicausales y exceden la motivación económica. Las diferencias religiosas, políticas, las guerras y los desastres naturales y sociales fueron comunes y subyacen a la migración

comunitaria de origen libanés y sirio que llegó a Yucatán.

Si consideramos la península de Yucatán como un territorio único y el espacio relativamente integrado que recibió a los inmigrantes libaneses, podemos resumir este movimiento de población diciendo que hacia la península se movilizó y estableció una migración comunitaria de al menos 57 diferentes poblaciones del territorio que comprende el actual Líbano y de 9 la actual Siria, sin considerar a las familias que permanecieron por poco tiempo y las que se quedaron pero se desconoce su origen. El saldo inmigratorio total fue de 613 familias, y la mayor parte de ellas, 512, se instalaron en Yucatán.

La mayoría se asentó de manera directa e inmediata o acabó viviendo en la ciudad de Mérida, después de pasar pocos años en otras poblaciones. Así, 334 de las 512 familias, el 65 por ciento de los inmigrantes libaneses, se asentaron de manera directa y desde su llegada en la ciudad de Mérida. Después algunos de los del interior y muchos de sus hijos se trasladaron pronto a la ciudad, haciéndose eco del proceso de crecimiento urbano y centralización de Mérida sobre toda la península. La migración interna de los hijos de inmigrantes libaneses hacia la ciudad se acentuó a partir de 1950, cuando la quiebra de la cordelería acompañó a la de la producción de henequén y



el campo yucateco dejó de generar riqueza, arrojando mucha población rural a Mérida.

El conteo final del estado de Yucatán nos muestra un mínimo de 512 hogares formados por migrantes directos nacidos en Líbano, con 746 padres y 1621 hijos, que nos arrojan que 2 mil 375 personas provenientes de la región que hoy conocemos como Líbano, llegaron a lo largo de un siglo, aunque la mayor parte viniera entre 1878 y 1927, y que se criaron y educaron en barrios libaneses de Mérida, en el seno de su cultura y familia de origen antes de ser asimilados por la sociedad yucateca a partir de la tercera generación. También sabemos que el 65% de todos ellos, 334 familias y unas 1 mil 540 personas, se establecieron en Mérida desde su arribo y que a lo largo de los años, algunos de los que se fueron a vivir a municipios del interior del estado se mudaron a Mérida. Es muy difícil hacer cálculos exactos sobre el número de descendientes, pues las tasas de natalidad variaron de una a otra generación en la península, pasando de casi seis hijos a poco más de dos, y menos aún de cuantos son en la actualidad, pues a lo largo del siglo XX muchos emigraron. Su número puede fluctuar en un rango muy amplio que va desde 10,000 hasta 30,000.

Aunque pequeño, el porcentaje de matrimonios mixtos nos muestra

que el proceso de integración y mestizaje de los libaneses con yucatecos y meridianos se dio desde el inicio y no fue como se cree algo tardío. Claro que si comparamos con la dinámica de integración y mestizaje de otros grupos étnicos migrantes en Yucatán, como los coreanos, los chinos y los españoles, los libaneses resultan un grupo cerrado y endogámico. De hecho fue el único grupo de población foránea que presentó esta conducta. En el caso de chinos y coreanos el mestizaje y una descendencia poco numerosa fueron resultado de la política migratoria de aceptar en su mayoría a hombres y de la discriminación hacia la población de origen asiático. Pero no fueron sólo ellos, pues en 1910 había 1500 españoles vecindados en Yucatán y aunque con la Revolución muchos volvieron a su patria, la mayor parte de los que se quedaron se casaron con yucatecas y no trajeron a sus parientes, integrándose a la ciudad en las décadas siguientes.

Retomando el hilo de nuestro análisis, y redondeando siempre las cifras, en 1910 en Mérida habitaban 76 mil personas (y en todo Yucatán había 340,000) y se podían calcular, en función de censos de población, directorios comerciales y registros migratorios, de manera aproximada pues las fuentes difícilmente son comparables, entre un 5 y un 8 por ciento de población de origen extranjero

(entre 3500 y 6000 personas), en especial españoles, libaneses y cubanos y en menor medida alemanes, norteamericanos e italianos. Con relación al total de población Mérida no volvió a tener una presencia extranjera tan numerosa, económica y culturalmente influyente como en esa época, sino hasta un siglo después, en 2010, ni la influencia de la población foránea, nacional y extranjera ha sido tan fuerte como la que observamos en este año de 2016.

La crisis de los mercados henequeneros provocada por la Gran Depresión de 1929 significó para Yucatán una prolongada decadencia económica entre 1930 y 1970, con cortas etapas de recuperación alcanzada a través del desarrollo de la cordelería y la exportación de cordel durante la Segunda Guerra Mundial y la Guerra de Corea. Durante esos años Yucatán y Mérida experimentaron un lento desarrollo económico, con problemas de desempleo, baja productividad y creciente expulsión de población del estado, aunque la migración del campo a la ciudad tendió a concentrar más población en Mérida a partir de 1950. En ese contexto disminuyó notablemente el flujo de inmigración extranjera y nacional que se había mantenido el medio siglo anterior, entre 1880 y 1930.

A partir de ese año (1930) Mérida se sumergió en un marasmo y una

lenta decadencia que atrajo a pocos inmigrantes nacionales y menos aún a extranjeros. Hacia 1950 Mérida tenía 160,000 habitantes, en 1960 creció muy poco, pues apenas llegó a 190 mil (el estado tenía 614 mil) y aunque en 1970 llegó a 242 mil personas, sólo concentraba al 31% del total de población. No fue sino hasta 1980 cuando Mérida reflejó ya los cambios económicos que provocaron en toda la península la explotación petrolera de la sonda de Campeche y la creación de Cancún como destino turístico, dando pie a un nuevo proceso de crecimiento y migraciones. En 1980 Mérida, con 425 mil habitantes concentraba ya al 40% de la población estatal.

Pero hasta 1990 en realidad la ciudad aún no había vuelto a ser atractiva para grupos sustantivos de inmigrantes extranjeros ni de otras entidades de México, existiendo un patrón de inmigración individual y de bajo impacto. En 1990 Mérida volvió a detener su ritmo de crecimiento, aunque alcanzó ya los 557 mil habitantes, el 41% de la población total de Yucatán (que llegaba a 1 millón 363 mil habitantes). En el año 2000 Mérida concluyó el siglo veinte con 705 mil habitantes (el estado alcanzó 1 millón 658 mil 210 habitantes). Concentraba el 42.5% de la población total, aunque su dinamismo demográfico había vuelto a disminuir y su



tasa de crecimiento medio intercensal entre 1990 y 2000 fue de 2.40 %.

Los datos nos muestran que en las tendencias migratorias hacia Mérida no existió un aumento significativo del porcentaje de inmigrantes de otros estados de México y del extranjero, ni un cambio drástico en el ritmo y los patrones de los movimientos de población, al menos hasta llegar al 2010. Lo que se confirma si analizamos los grupos que llegaron a Yucatán y Mérida y que no eran yucatecos por nacimiento. Se trata de la suma de la población nacida en otros estados y países y que a lo largo de los últimos años se asentaron en la entidad o la ciudad y declararon vivir en ellas de manera fija en el año 2010. En ese año Yucatán tenía una población total de 1 millón 955 mil 577 personas de las cuales 156 mil 210 habían nacido en otras entidades de México, además de 2 mil 708 norteamericanos y 4 mil 243 nacidos en otros países. Mérida tenía en ese momento un total de 830 mil 732 habitantes de los cuales 112 mil 871 habían nacido en otras entidades de la república mexicana, es decir, el 13.4%. Una cifra que la ponía por debajo de la media de inmigrantes nacionales en las ciudades capitales de los estados en México y también inferior a la de otras ciudades capitales del sureste.

En cuanto a la población extranjera la situación era similar, pues

Mérida había retenido para el año 2010 a un total de 5 mil 200 extranjeros de los cuales 1 mil 167 eran norteamericanos y los demás habían nacido en otros países. Representaban apenas el 0.65% de todos los meridianos. El saldo final de los nacidos en otras entidades nos muestra que vivían en Mérida 29 mil 809 personas nacidas en el Distrito Federal, poco menos del 27% de los inmigrantes, que sumaban poco más del 3% de los meridianos. Los demás orígenes son aún menos numerosos, pues los nacidos en Campeche eran 20 mil 143 personas, en Tabasco 13 mil 27, en Veracruz 10 mil 172, en Quintana Roo 9 mil 525 y en Chiapas 6 mil 872 y con números menores población de las demás entidades. El relativo equilibrio entre el número de hombres y mujeres inmigrantes a lo largo de los años sugiere que las tendencias migratorias han seguido un patrón familiar y matrimonial en todos los grupos, excepto en los extranjeros en los que predominan los hombres; y en la población proveniente de Tabasco, que ha aportado las últimas décadas un 25% más de mujeres que de hombres.

En resumen en el año 2010, proyectando a 2015, y en números redondos, el 8.3% de la población de Yucatán ha nacido fuera, poco más de 150 mil personas en otras entidades de México, además de 7 mil

extranjeros. Es uno de los estados con menor inmigración interna y externa de México, pues ocupaba el lugar número 29 a nivel nacional en 2010, lo que se correlaciona con su pobreza, pues sólo son menos atractivos para la población inmigrante Oaxaca, Guerrero y Chiapas, los estados más pobres de la república. Yucatán y Mérida están muy lejos de Quintana Roo que con el 54% de población foránea era el estado con mayor atracción demográfica de México e incluso lejos de Campeche, que llegó al 22.7% y ocupó el lugar número 9. También se aleja de la media nacional de población nacida en otras entidades que era del 18.4% a nivel nacional. A su vez en 2010 Mérida, con el 13.4% de su población, casi 113 mil personas, nacidas en otras partes de México y con poco más de 5 mil extranjeros sobresalía respecto al estado, pues concentraba las dos terceras partes de los inmigrantes que habían llegado de diversas partes de México y del extranjero, pero tampoco llegaba a la media nacional. Aunque su población foránea había aumentado era una ciudad de lento crecimiento y estaba en equilibrio demográfico desde hacía veinte años.

No hay que dejar de llamar la atención de que a pesar que Yucatán y Mérida presentaban este bajo perfil a nivel nacional e incluso peninsular si los comparamos con el mayor

dinamismo de Campeche y Quintana Roo, en los cinco años que fueron del 2005 al 2010 la población extranjera casi se triplicó en el estado y se duplicó en Mérida; y la de otras partes de la república creció una tercera parte tanto en el estado como en la ciudad, lo que señalaba ya lo que puede ser el inicio de un ciclo migratorio más intenso en los años siguientes, aunque al tratarse de una población que llega más por razones de expulsión de otros estados de México que de atracción local, dada la pobreza de la economía yucateca y de la zona metropolitana de Mérida, no parece plausible que el atractivo migratorio de Mérida mejore mucho.

La suma de los inmigrantes empezó a ser visible en gran medida por su agrupamiento en zonas específicas de la ciudad, y se han presentado diversos fenómenos de aceptación y rechazo cultural. Sin embargo el número de conflictos es aún muy pequeño y no son problemas graves de convivencia sino de mutua adaptación cultural entre ellos y los meridianos. En cuanto a los extranjeros, su presencia es más visible en el centro histórico de la ciudad de Mérida donde han adquirido y remozado más de 800 predios —otras fuentes señalan un número muy alto, hasta 2000, dato no comprobado—, dando lugar a un creciente proceso de "gentrificación". En ese grupo destacan



tres características: en su mayoría —un 60%— son estadounidenses jubilados, el número de hombres que viven solos o acompañados por otros hombres es cuando menos el doble que el de mujeres y la mayoría no vive de manera permanente en Mérida ni es censado como residente en la ciudad.

Bien, estas son las tendencias, los números y las realidades de las inmigraciones a Yucatán y en especial a Mérida, más allá de los mitos, sustos, gustos y disgustos. ¿Qué enseñanzas y que hipótesis podemos empezar a construir en torno a nuestros nuevos vecinos? Entre otras las siguientes:

En términos generales podemos señalar que hasta hace medio siglo en Mérida imperaba el monólogo de una sociedad estratificada, desigual y sobre todo discriminatoria, entre las culturas mestiza y maya, e incluso con la cultura del resto de México. La relación con el otro y su cultura se vivió como rechazo o mecanismo de defensa ante "los huaches", como se denomina a los connacionales, y por otro lado se hizo más como apropiación que como intercambio cultural con los mayas.

Pero la globalización, en especial de los medios, ha transformado formas y contenidos y las identidades propias y extrañas se modifican, cambiando la percepción de los otros y no sólo de sí mismas,

abriendo el monólogo al diálogo. La combinación de una sociedad abierta, con cambios en la percepción y los imaginarios sociales y de un nuevo e inédito proceso inmigratorio en Yucatán y Mérida, ha obligado a que el monólogo intente transformarse en diálogo. Pero cometemos un error: el diálogo cultural es sólo un ideal, un estado a alcanzar, una meta. Presupone igualdad social, una cultura política democrática, una sociedad de iguales, una mayoría con las mismas oportunidades. No lo somos. Una sociedad donde la mitad de la población es pobre, y el 80 por ciento es vulnerable y vive con grandes desigualdades, difícilmente puede entablar un diálogo justo, con mensajes claros que le digan lo mismo a todos los hablantes. Tampoco cuando provenimos de matrices culturales, edades y realidades existenciales diferentes.

Sin embargo, —y creo que no podemos decir lo mismo para el resto de la entidad— en lo cultural Mérida ya no está en un monólogo y observamos la creación de una nueva identidad y una nueva cultura urbana a través un conjunto de actos de comunicación, que aunque a veces se asemejen a conversaciones interrumpidas y en muchas ocasiones precisen de intérpretes y mediadores, viene transformando la antigua multiculturalidad de la ciudad en

una nueva interculturalidad propia del siglo XXI. Pero sigue siendo inapropiado hablar de que la ciudad esté abierta a un diálogo intercultural. Aun cuando la concebimos, como lo que es, como un ente vivo culturalmente hablando, la ciudad no se abre a un diálogo: intenta abrirse a varios diálogos interculturales, y su apertura es más exitosa con algunos actores sociales que con otros. Hay tres tipos de actores con los que la ciudad entabla tres distintos diálogos interculturales, y el resultado, aún de difícil interpretación, viene construyendo en su conjunto nuestra nueva narrativa urbana, desigual, contradictoria y múltiple.

El primer diálogo intercultural se da entre Meridianos y connacionales, pues se observa una creciente presencia de habitantes de otras entidades. Las causas de la nueva inmigración interestatal a Mérida tienen que ver ahora con la seguridad: Familias enteras desplazadas por la violencia del crimen organizado de Nuevo León, Michoacán, Veracruz y Morelos han llegado a vivir a Mérida. Sin embargo, el origen tradicional de nuestros inmigrantes nacionales hasta el 2010 seguía siendo la Ciudad de México, Quintana Roo, Campeche, Chiapas y Tabasco. Es decir, pese a las nuevas inmigraciones, no hay una recomposición del patrón migratorio los últimos años. Este tiene varias

características: 1).- Migra quien tiene medios económicos y sociales para movilizarse y establecerse en Mérida. La mayor parte de esta población no llega buscando empleo, ni mejores salarios, que la ciudad no ofrece. 2).- En ese sentido se trata de la inmigración de una población con menos precariedad económica y mayor nivel de escolaridad, y que aporta recursos materiales, conocimientos y experiencias de vida nuevas, la mayor parte positivas y, obviamente algunas negativas, pero que en términos generales no compete por la demanda de empleo ya existente ni eleva niveles de precariedad ni criminalidad. 3).- Por el contrario, su aportación cultural resulta novedosa y positiva, e inyecta un aire fresco y experto en distintos campos relacionados con las artes, las ciencias y la educación superior 4).- Muchos de ellos además, así sea en la escala de la pequeña empresa, invierten algo de capital. Algunos pocos son, además, grandes inversores. 5).- Hay que resaltar entre esta inmigración la de varios miles de jóvenes que cursan educación superior universitaria y que conviven con un segmento de los meridianos de edad y nivel socioeconómico muy específicos: la clase media entre 18 y 25 años. 6).- Está por supuesto el discurso negativo de estos inmigrantes: los delincuentes a los que la prensa



siempre encuentra de "evidente aspecto fuereño", el agresor al volante, el timador, el que desdeña y se burla de la cultura local, de su manera de hablar y el que se comporta con prepotencia. Sin embargo estos son los extremos conflictivos del diálogo, en general, la mayor parte del discurso encuentra respuesta y fluye entre los interlocutores, pues la extrañeza y otredad es relativa y el conflicto social subyacente es pequeño, pues esta población se mueve en su mayoría entre distintos niveles de la clase media y compite poco entre sí.

El segundo diálogo intercultural se da entre meridianos y extranjeros. Es evidente que en el patrón de inmigración de extranjeros a Yucatán destacan varias tendencias desde el año 2,000 hasta el día de hoy: 1).- Su tendencia a crecer en términos geométricos, posiblemente triplicando su número en los últimos tres quinquenios, pero que por su pequeñez inicial aún no es muy significativo en el total urbano; 2).- La tendencia a incrementar la presencia de inmigrantes de Europa, Sudamérica y Canadá, además de los tradicionales inmigrantes estadounidenses; 3).- La tendencia a tratarse de una población envejecida, que en gran parte ha inmigrado por retiro y jubilación, lo cual significa un menor impacto social y cultural

a largo plazo, pues no construyen matrimonios ni lazos familiares duraderos. Es decir, mucha de esta inmigración y posiblemente de su impacto social y cultural, será efímera y se extinguirá con sus propias vidas. 4).- En términos económicos su impacto es positivo, pues su nivel de consumo es medio y alto, aportan un poco de capital nuevo y no compiten por empleos. 5).- Se vinculan ahora a un proceso de "gentrificación" del centro histórico de la ciudad más que a un turismo de playa y reabren un diálogo cultural aportando una mirada externa que revaloriza las tradiciones meridanas. 6).- A su vez, exigen que esta mirada sea devuelta, pues piden, solicitan, a veces reclaman, que los ojos locales de los meridianos se abran a otras formas de pensar, vestir, hablar, comer y sobre todo de sentir la vida. Conocer y reconocer a los foráneos es conocer y reconocer la cercanía de un mundo externo, es verse reflejado en la globalidad.

El tercer diálogo intercultural se da entre los meridianos que se reconocen como de origen maya y los que lo hacen como mestizos. Este es el viejo monólogo de casi cuatrocientos años que después de la Revolución tiene un siglo intentando convertirse en diálogo. Y lo ha conseguido, en efecto, pero mal y sólo en parte, pues sigue siendo

una comunicación basada en la desigualdad social. A los medios de comunicación se han sumado la educación y los nuevos pobres globales, pobres tecnificados, consumidores de tecnología que ahora comparten códigos e información con las otras clases sociales y que pueden comunicarse —dialogar— con ellas. Y seguir siendo pobres, víctimas de una integración excluyente. Hay en efecto un diálogo intercultural, una identidad o una serie de rasgos identitarios, en especial entre los menores de 40 años, que les han permitido romper el monólogo de las clases sociales superiores y cuestionar, poniendo en duda, el tono de subordinación. Sin embargo aunque el tono desaparezca, la subordinación continúa. Y el diálogo se establece más como mecanismo de negociación social, de búsqueda de convivencia pacífica entre desiguales y en ese sentido de pacto político cotidiano para poder sobrevivir que de identidad compartida. El diálogo que se ha ido construyendo el último siglo, a diferencia del monólogo anterior, ha permitido construir una identidad, más bien un complejo identitario común, más no una identidad ni un complejo identitario compartido. Es un diálogo marcado por la desigualdad. Lo común es lo que ambos entienden. Lo compartido es lo que todos tienen. Los interlocutores se

reconocen como parte de un mismo campo cultural, pero sus diálogos se dirigen a negociar lo que se comparte de lo que no se comparte.

Para concluir, y como podemos ver, la respuesta a la pregunta que ha dado título a este texto, tiene dos posibilidades. La primera es sencillamente quitarle los signos de interrogación y felicitarnos de estar en el camino de la interculturalidad. Mérida mejora, nuestra cultura es más rica y abierta. Pero yo sugiero una segunda opción, que es volver a poner la interrogación y retornar al ágora, para discutir, hablar y negociar en la plaza pública, sin descanso, todos estos asuntos. El tiempo que nos lleve. Hasta darnos cuenta de que el diálogo intercultural es, y debe seguir siendo, no sólo la mejor forma de acercarse a la realidad, sino la mejor forma de construirla. Quizás la única. Y por ello el diálogo debe ser interminable. Como lo es la realidad. 

## NOTAS

- 1 Véase de Nidia Victoria *Yucatán y las políticas migratorias. De los colonos a los trabajadores: 1880-1918*, tesis de licenciatura, FCA, UADY, 1987: Anexo 6 s/p.
- 2 Véase de Joaquín García Ginerés, *Yucatán. Proyectos y apuntes económicos*, Imp. Gamboa Guzmán, Mérida, 1910.
- 3 Sobre las causas de la emigración de españoles de las islas Canarias ver A. Macías Hernández *La emigración canaria, 1550-1980*, Asturias, Jucar, 1992, y a J. Hernández García "La emigración Canaria contemporánea" en: *Historia General de las Islas Canarias*, T. V., Las Palmas, Gran Canaria, Edircsa, 1977.